

GANADORA AUTONÓMICA



SIN TÍTULO

Gabriela Báez Barroso
IES Santa Úrsula (Canarias)

Entraba el sol por las ventanas de la biblioteca. Eva intentaba concentrarse para estudiar, pero podía escuchar un murmullo de fondo, como si alguien estuviera enfadado. Giró la cabeza, pero estaba sola.

“Será mi imaginación”, pensó.

Era una chica un poco antisocial, tímida y reservada. Prefería estar rodeada de libros y de grandes autores que de personas. Y, sin embargo, tenía un don especial: podía percibir muy bien el estado de ánimo de las personas.

Salió de la biblioteca y se dirigió a su casa. Allí se encontró con su tía Emma.

–Hola cariño – saludó-. ¿Qué tal los estudios?

–Bien, tía Em. ¿Dónde está Mike?

–En el jardín, como siempre –dijo sonriendo.

Salió a buscar a su hermano pequeño. Estaba sentado en el suelo, soplando dientes de león. Era un niño adorable. Le encantaba pedir deseos. Pero ese día tenía mala cara.

–Palabras estúpidas... –murmuró-. ¿Para qué sirve un libro?

Eva estaba desconcertada. Pero entonces comprendió por qué estaba así. Ese mismo día era el décimo aniversario de la muerte de sus padres. Antes de que sucediera el accidente, su madre le había regalado un diccionario.

“Aprende, Mike –le había dicho-. Valora el poder de las palabras. Así podrás entender el mundo y a las personas”.

Desde entonces, Mike había empezado a odiar los libros.

–Hey, Mike, ¿estás bien?, –preguntó Eva.

–Sí, claro.

–Venga, volvamos dentro. Está oscureciendo.

Cuando estaba acostada, Eva no podía dormir. Pensaba en cómo la gente podía llegar a menospreciar un libro, un mundo oculto, los sentimientos de un autor. “¿Qué pasaría si los libros pudieran sentir?, –pensó-. ¿Se enfadarían por todas las veces que los han pintado o tirado?”

Al día siguiente, en el instituto, Eva se dio cuenta de que algo no iba bien.

En clase de lengua, mientras el profesor repartía los diccionarios, Eva volvió a sentir ese murmullo enfadado.

Todos sus compañeros, al abrir los gruesos libros, dieron un grito de sorpresa: todas las palabras y significados estaban trastocados. Decían lo contrario de lo que debían decir: la goma servía para escribir, los ríos eran de agua salada, el mar de agua dulce, el sol salía por la noche, etc.

–¿Pero qué es esto? –dijo el profesor-. ¿Es una broma?

Después de lo ocurrido en clase, Eva volvió a su casa corriendo. Encontró a su tía y a Mike viendo las noticias en la televisión.

–¡Se ha declarado la alerta roja! –informaba un hombre-. Todos los diccionarios del mundo son erróneos. Nadie sabe la razón. Los científicos están estudiando el problema, pero no hay resultados. ¿Será una venganza? ¿Será una broma? Estén atentos.

–¡Oh, no! –exclamó Mike-. Creo que es mi culpa.

–¿Por qué dices eso? –preguntó Eva.

–Bueno... Ayer estaba tan enfadado y triste que pedí un deseo. ¡Pero ahora me arrepiento, de verdad!

–¿Qué pediste? –preguntó tía Em.

–Que las palabras y los libros estuvieran equivocados. Que estuvieran al revés. Que... que la “muerte” significara “vida”.

–Oh, Mike... –suspiró Eva-. No deberías haberlo hecho.

–Lo sé, lo siento.

–¿Y ahora qué hacemos? ¡Los diccionarios están enfadados! Los hemos tratado mal. Las personas no aprecian su importancia.

–¿Por qué no vais al jardín?, –sugirió su tía.

Rodeados de dientes de león, los dos hermanos empezaron a soplar y a pedir deseos. Con todo su corazón, pedían a los libros que volvieran a ser como antes.

–No bastará solo con eso. Hay que demostrárselo a los libros.

–¿Cómo? –preguntó Mike.

–Tengo una idea.

Dentro de la gran biblioteca, Eva y Mike habían reunido a una gran parte del pueblo.

–Espero que funcione –dijo Mike.

“Y yo”, pensó Eva. Luego se dirigió a las demás personas:

–Buenas tardes a todos – saludó-. Agradezco que quieran colaborar para solucionar el problema actual. Y es más fácil de lo que creen. Antes que nada, me gustaría decirles que los libros pueden servirnos como guía, como amigo, como punto de apoyo, etc. Y que, por tanto, cuando algo no nos salga bien, cuando fallemos, cuando nos enfademos, no les dirijamos malos pensamientos, ni les echemos la culpa. Es hora de arreglar nuestros errores. Hagamos las paces con ellos. Y por eso propongo que los corriamos, que borremos cada línea que pintamos en el pasado, que peguemos cada cubierta que rompimos, que limpiemos el polvo de los libros que olvidamos...

La gente empezó a aplaudir. Luego se pusieron manos a la obra: Empezaron a coger los libros y los limpiaron y borraron. Eva y Mike ayudaron. Lo mejor de todo es que lo hacían sin rencores y sin odio, sin subestimarlos, sino con amor, con ganas de arreglar todo.

Un día después, sábado por la mañana, Eva se despertó por los gritos de alegría de su tía y su hermano. Los dos estaban viendo la televisión:

–¡La alarma mundial ha sido desactivada! La solución ha sido encontrada –y a continuación mostraron imágenes de las personas en la biblioteca -. Debemos nuestro agradecimiento a Evangeline y Mike, dos hermanos que nos han enseñado el valor de los libros y la importancia de las palabras.